

[o] **JOSÉ CABRERA PARRA**

Menos de un año después de la investidura de Barack Obama, ya es evidente que su gobierno no ha implicado cambios significativos respecto al de su predecesor. Así tenía que ser.

JOSÉ CABRERA PARRA

Obama, una decepción previsible

Se dedicó a pregonar durante más de un año —desde el inicio de su campaña por la candidatura demócrata— que su gobierno sería el del *cambio*, concepto que siempre mantuvo en la ambigüedad, y realizó innumerables promesas de campaña, a todas luces inviables. Todo quedó en buenas intenciones.

Nunca compartí el entusiasmo de quienes pensaban que la llegada al poder del primer presidente de color en la historia de Estados Unidos marcaría algún cambio en el escenario mundial, y que pasado el 4 de noviembre de 2008 echaron las campanas al vuelo con toda clase de fantasías sobre las profundas transformaciones (tan necesarias, sin duda) que supuestamente acarrearía el triunfo del candidato demócrata.

Menos de un año después de la investidura de Barack Obama, ya es evidente que su gobierno no ha implicado cambios significativos respecto al de su predecesor. Así tenía que ser: el sistema político estadounidense es una maquinaria muy bien aceiteada con miles de millones de dólares de los principales empresa-

rios e inversionistas de aquel país, y son ellos quienes determinan, de acuerdo con sus intereses, quién asumirá la presidencia cada cuatro años.

En este caso, más o menos al mediar la campaña electoral de 2008, el gran dedo elector del tío Sam señaló al señor Obama y echó a andar en su favor todo su andamiaje publicitario, que incluye a los principales medios electrónicos e impresos de Estados Unidos —y no pocos del exterior—. No es difícil inferir que esto obedeció a que el sistema necesitaba una *apariencia* de renovación, tomando en cuenta el hartazgo del pueblo estadounidense por las po-

líticas conservadoras y guerreristas de George Bush. Y más conveniente para ello que un hombre inteligente, carismático y, por

Continúa en siguiente hoja



añadidura, de ascendencia negra.

Así, Obama se dedicó a pregonar durante más de un año — desde el inicio de su campaña por la candidatura demócrata — que su gobierno sería el del *cambio*, concepto que siempre mantuvo en la ambigüedad, y realizó innumerables promesas de campaña, a todas luces inviables. Todo quedó en buenas intenciones.

Por ejemplo, en el terreno económico y financiero, lejos de apoyar a las familias estadounidenses pobres y de clase media, como ofreció, Obama extendió fondos de rescate por miles de millones de dólares a los bancos y corredurías financieras de su país, con cargo a los contribuyentes (una especie de Fobaproa), sin cambiarles un ápice las reglas del juego. Nada importó que esas empresas fueran las responsables de la debacle financiera que precipitó la actual crisis mundial por sus prácticas irresponsables o de plano fraudulentas.

En lo tocante al medio ambiente, en menos de un año pasó de afirmar que su presidencia marcaría “un nuevo capítulo del liderazgo de Estados Unidos acerca del cambio climático”, a bloquear la aprobación de todas las medidas propuestas para la supervivencia del planeta en la reciente Cumbre del Cambio Climático de Copenhague.

En el ámbito militar, olvidó con gran rapidez su ofrecimiento de retirar en un año las tropas yanquis de Irak y Afganistán donde, por el contrario, ha enviado miles de nuevos efectivos para reforzar su dominio. Algo parecido puede decirse del cierre de la ignominiosa prisión de Guantánamo —cuya mera

existencia constituye una violación a las convenciones de Ginebra—, asunto al que cada día da más largas.

Y en el campo diplomático, no sólo ha fracasado en el intento de mejorar las relaciones de su país con algunos países “incómodos” —como Cuba, Venezuela, Bolivia y, en muchos aspectos, México—,

sino que su secretaria de Estado, Hillary Clinton, en un papel que nos recuerda el consabido ejemplo del torturador bueno y el malo, recorre el mundo blandiendo el Gran Garrote heredado de tiempos de Teddy Roosevelt.

A pesar de ello, los mismos poderes fácticos que lo eligieron, lo-

graron que Obama recibiera un Premio Nobel de la Paz que le permite conservar por un tiempo su aureola de pacifista y renovador ante el público estadounidense. Distinción que deja muy mal parado al Comité Nobel del parlamento noruego: que yo recuerde, nunca antes un laureado había glorificado la guerra al recibir el máximo galardón de la paz. Quizá pensaba al pronunciar su discurso en la guerra de Irak que, con el pretexto de combatir el terrorismo —ese espectro tan conveniente para los intereses yanquis—, destruyó esa nación a cambio de garantizar a Estados Unidos el control de su petróleo.

Todo esto prueba que, más allá de los deseos y esperanzas del pueblo estadounidense, son los grandes consorcios industriales y financieros los que imponen las políticas del imperio por encima de credos y candidatos.

El sistema político estadounidense es una maquinaria muy bien aceiteada con miles de millones de dólares de los principales empresarios e inversionistas de aquel país, y son ellos quienes determinan, de acuerdo con sus intereses, quién asumirá la presidencia cada cuatro años.